

De las “discretas altercaciones” de don Quijote en defensa de los libros de caballerías

● JOSÉ PASCUAL BUXÓ

El capítulo VI de la Primera parte, nunca olvidado por los críticos y comentaristas del *Quijote*, trata del “donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron de la librería de nuestro ingenioso hidalgo”. Recién armado caballero en la venta que le pareció castillo, iniciada apenas la narración de sus graciosas o desgraciadas aventuras, los notables de su aldea, el cura y el barbero, dieron inicio al famoso escrutinio y condena de aquellos libros cuya incesante lectura hizo perder el juicio a don Alonso Quijano. Ya lo decía en el “Prólogo” el agudo y desenfadado interlocutor de Cervantes: la intención del autor no había sido otra que “derribar la máquina mal fundada” de los libros de caballerías que sí, por causa de sus “fabulosos disparates”, atraían mayormente las atenciones del vulgo, no por ello dejaban de complacer y admirar a otros lectores más cultos y exigentes. El escrutinio es un juicio sumario en el que, sin embargo, subyace una compleja teoría literaria o, por mejor decir, una vasta y, en ocasiones, polémica reflexión sobre los diversos géneros de mimesis literaria. De la hoguera a la que va a parar toda la descendencia de Amadís de Gaula (Esplandián, Olivante, Florismarte, Palmerín...) sólo se salvan el propio fundador del linaje y la *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*, por ser éste “un tesoro de contento y una mina de pasatiempos” y “el mejor libro [de caballerías] del mundo”, porque en él “comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con estas cosas de que todos lo demás libros de este género carecen”. Y, en efecto, como bien podrá comprobarse, son *Amadís* y *Tirante el Blanco* los más claros paradigmas morales y escriturales a que se ciñeron tanto don Quijote en su pensamiento y acciones como los desdoblados autores que intervinieron en la redacción de su “verdadera” historia.

Con los mencionados, son muy pocos los libros que merecen el aprecio del cura o, siquiera, su aprobación tolerante, aunque pertenezcan a géneros literarios menos fantasiosos que las novelas de caballerías; de una parte, están los libros de pastores, que también pudieron perturbar el espíritu de don Quijote y, en efecto, lo pusieron en el trance de “andarse por los bosques cantando y tañendo y, lo que sería peor, hacerse poeta”. De los libros de este género, el censor eclesiástico y su brazo secular sólo salvan de las llamas a la *Diana*, de Montemayor —expurgada, eso sí, de los mágicos pasajes en verso—, la novela del mismo nombre de Gil Polo y *El pastor de Fílida*, de Luis Gálvez de Montalvo; para no hurtarle el cuerpo a la crítica, Cervantes —“más versado en desdichas que en versos”— hace que el juicio de su *Galatea* quede en suspenso y el libro “recluido” en penitencia hasta tanto no se publique la segunda parte prometida. Resta, en fin, el bloque de la épica: *La araucana*, de Ercilla, *La austriada*, de Juan Rufo, y el *Montserrat*, de Cristóbal de Virués, que “son los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los más famosos de Italia”. Tres fueron, pues, las clases de libros que contribuyeron a la singular locura de don Quijote: las novelas de caballerías, los libros de pastores y los poemas épicos. Y aunque los primeros fuesen los directamente responsables de que viniera a “perder el juicio”, todos comparten un rasgo en común, el de ser —esencialmente— libros de imaginación entre los que pueden descubrirse notorias confluencias, pues si en los de caballerías la historia fabulosa se enseñoorea de principio a fin, atropellando sin miramiento aquellas apariencias de la verdad que llamamos verisimilitud, en los segundos domina la incontrolada exacerbación del sentimiento amoroso en el ámbito bucólico de una juventud apasionada y, en los últimos, la verdad histórica no teme ennoblecerse y fortificarse con los recursos propios de la ficción poética; además, en todos esos géneros se exaltan —si bien en diversa medida— las virtudes humanas ejemplares: justicia, valentía, amor y fidelidad; esto es, los mismos valores espirituales en que cifra don Quijote la esencia del perfecto caballero andante.

Cansado el cura de su ejercicio inquisitorial, hizo dar al fuego los restantes libros en montón, con lo cual parecía cumplido el propósito del autor de desacreditar, no sólo las novelas de caballerías fabulosas, sino además algunos ejemplares de otros géneros literarios que

entonces estaban más en boga. Pero no acabó ahí su intento. Como bien advirtió E. C. Riley, no hubo, en su tiempo, otro escritor como Cervantes “que diese tanta vida a los problemas de la crítica como él lo hizo. El *Quijote* mismo es una obra de crítica literaria en un sentido muy particular”, pues “ocurre que su teoría y su labor creadora son, en ciertos aspectos, inseparables”.¹ Y así es la verdad. Al cabo de muchas aventuras, y ya al filo del capítulo XXXII, el episodio del reencuentro de don Quijote con Andrés, aquel mozo a quien vapuleó y tornó a vapulear su amo, y la maldición del muchacho a todos los caballeros andantes del mundo, que con su afán obsesivo y egoísta de impartir justicia y ganar fama sólo consiguen causar mayores desgracias, se propicia de nuevo el examen de los perniciosos efectos que pueden ocasionar las ficciones caballerescas en el ánimo de sus lectores, tema que, a partir del capítulo XLVII, se prolongará con alternancias en lo que resta de la primera parte de la obra.

En efecto, reunida en la venta toda la “cuadrilla” (esto es, el cura y el barbero en compañía de los protagonistas de los relatos que la crítica suele llamar “intercalados”, muchos de los cuales, saliendo de sus propios contextos narrativos, se incorporan a la trama central del *Quijote*), y acabada la razonable comida que se les sirvió, llega de sobremesa la hora del cuento y la lectura. Ya sabemos que el ventero —aunque no sabía leer— disfrutaba, al igual que Maritornes y los seguidores del entorno, la lectura en voz alta de los libros de caballerías, cuyo conocimiento le había anteriormente permitido seguirle el humor a don Quijote en el episodio en que falsamente le armó caballero. Y tornando a mencionar el licenciado en cánones por Sigüenza la causa de la locura del Caballero de la Triste Figura, replica el ventero que tiene por ahí guardados algunos libros de caballerías que “verdaderamente me han dado la vida, no sólo a mí, sino a otros muchos”, y que oyendo referir “aquellos golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querría estar oyéndolo noches y días”. Opinión a la que se unen la ventera, su hija y su sirvienta, pues si los hombres se contagian de entusiasmo bélico por las valientes acciones

¹ Cf. Edward C. Riley, *Teoría de la novela en Cervantes*. Madrid, Taurus, 1996.

de los paladines, las mujeres se dejan caer íntimamente en los dulces ensueños del amor cortés.

Por el momento, no dice más el autor, siempre sutil y entreverado, sobre este género de disfrute que la ficción literaria es capaz de suscitar en el espíritu ingenuo de los iletrados, pero lo dice con todas sus letras el propio ventero: verdaderamente, los relatos caballerescos le “han dado la vida”, esto es, lo han instalado, imaginaria y fugazmente, en una nueva y más complaciente forma de su propio ser. Este rapto de la imaginación, conducida por la fuerza seductora de la palabra, les resulta ni más ni menos que un “quitapesares” (“nos quita mil canas”, dice), y esa huída de la moliente realidad cotidiana despierta en ellos una inesperada renovación de los impulsos vitales de la juventud, cuando el propio destino está aún por definirse y concretarse. La diferencia con don Quijote —habrá que insistir en ello en otra parte— es que don Alonso, en su condición de hidalgo pobre, ocioso y propiamente desterrado del mundo y los privilegios de la nobleza cortesana (es decir, ese universo regido por el disimulo y la ambición), puede dar el salto de los niveles de la realidad mostrenca a los de la fantasía altisonante, esto es, puede imponerse a sí mismo los estatutos de una realidad moral —ideal la llaman muchos— que, por supuesto, entra en constante conflicto, no sólo con el mundo exterior o accidental, sino —lo que es más riesgoso— con la falaz configuración ideológica de esa misma realidad mundana, vale decir, con aquella idea del mundo sancionada como indubitablemente verdadera que imponen en la conciencia de todos los individuos de la comunidad los aparatos políticos de un Estado bicéfalo: el de la monarquía absolutista y la Iglesia militante.

Por supuesto, no es del caso discutir aquí las ideas políticas de Cervantes, siempre matizadas por las voces y la condición de sus personajes, sino tan sólo algunas de sus ideas literarias: las que tienen que ver con la escurridiza y mudable entidad de las ficciones literarias y su habitual contraposición con la verdad de la historia o, por mejor decir, con los libros de historia en que se da testimonio de aquellos sucesos tenidos por ciertos y comprobables. Apenas hecha referencia a las novelas de caballerías que el ventero guarda en un rincón, renace en el cura su dogmático afán inquisitorial y le ordena que los muestre. De una maletilla vieja salen “tres libros grandes y algunos papeles de

muy buena letra escritos a mano”; los primeros son *don Cirongilio de Tracia* y *Felixmarte de Hircania*, dos famosos y desaforados² caballeros andantes, el segundo de los cuales ya había sido previamente condenado en el escrutinio de la biblioteca de don Quijote; pero el tercero es la *Historia del gran capitán Gonzalo Hernández de Córdoba, con la vida de Diego García de Paredes*.³ He aquí que Cervantes introduce, como traído por la casualidad, un arduo tema de disputa literaria y aun filosófica, pues si los dos primeros pertenecen al “mentiroso” y disparatado género de los libros caballerescos, el último es “una historia verdadera” que contiene los hechos presumiblemente ciertos del llamado “Gran Capitán” junto a los de un “valentísimo soldado extremeño”, de quien —entre otras hazañas notables— se cuenta que él sólo, “puesto a la entrada de una puente..., [detuvo] a un innumerable ejército”. Para el ventero —que representa, obviamente, el sentir popular— esa hazaña no es nada comparada con las que llevó a cabo Felixmarte, “que de un revés partió cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de habas, como los frailecitos⁴ que hacen los niños”. Es de notarse la explícita relación establecida por el ventero entre el mundo imposible de las aventuras caballerescas y el mundo concreto e inmediato de la experiencia cotidiana, cosa que nos permite vislumbrar un peculiar modo de comprensión y ajuste popular de aquellas fantásticas enormidades reducidas a los cauces de una interpretación lúdica y pueril, a lo cual el cura, ducho en los artificios de la argumentación escolástica, responde

² Según los lexicones de la lengua castellana, la voz “desaforar” posee, como es normal, más de un sentido. El *Diccionario de la Real Academia* trae como segunda acepción: “Privar a uno del fuero o excepción que goza por haber cometido algún delito de los señalados para este caso”. Pero como dice el *Diccionario de autoridades*, y sabemos bien todos los mexicanos de hoy, “desafuero” es voz que significa “agravio, fuerza, violencia que se hace contra la ley o la razón”; con todo, cuando se califica de “desaforados” los hechos de algún caballero andante, aludimos a “lo que es excesivamente grande y fuera de lo común”, es decir, a lo excepcional y admirable.

³ Los “papeles de muy buena letra” son la copia manuscrita de la novela del *Curioso impertinente*, a que se dará lectura en los capítulos XXXIII al XXXVI.

⁴ “Frailecito”, dice el *Diccionario de autoridades*, es un “Juguete que hacen los niños para entretenerse, cortando la parte superior de una haba, y sacándole el grano, queda el hollejo de modo que remeda a la capilla de un fraile”.

con una distinción implacable: la comparación del ventero no ha lugar, puesto que Hernández de Córdoba y García de Paredes tuvieron una existencia real, en tanto que Cirongilio y Felixmarte nunca existieron en el mundo, sino que son “compostura y ficción de ingenios ociosos que los compusieron para el efecto [...] de entretener el tiempo”; esto es, tan ociosas y sin provecho son sus invenciones, como inútil el tiempo gastado en su lectura.

Conviene aquí detenerse un instante para recordar algunos antecedentes de esa conflictiva distinción entre los hechos verdaderos de que suelen ocuparse los libros historiales y la falsedad de los que tratan los caballerescos. Efectivamente, en el prólogo a la edición del *Amadís de Gaula*, impresa en Sevilla en 1531⁵ por Juan Cromberger, Garci Ordóñez⁶ de Montalvo entró directamente en materia: considerando que en los “grandes hechos de armas” que nos dejaron escritos los sabios antiguos fue “muy breve aquello que en efecto de verdad pasó”, y aunque en la narración de las batallas de nuestros tiempos, “que por nos fueron vistas”, quisieron sus autores componerlas “sobre algún cimiento de verdad”, no siempre se ciñeron a la exactitud histórica, sino mayormente al deseo de despertar la admiración en sus lectores con el fin de que pudieran emparejarse en dignidad esas modernas hazañas “con las antiguas historia de los griegos y los troyanos”. Porque si seguimos a Salustio y Tito Livio, advertiremos que los hechos de los atenienses y romanos no sólo fueron grandes por sí mismos, sino que lo fueron en

⁵ Cf. *Libros de caballerías*, con un discurso preliminar y un catálogo razonado por don Pascual Gayangos. Madrid, Rivadeneira, 1837. Biblioteca de Autores Españoles. Gayangos se basa en la edición cuidada por Francisco Delicado, Venecia, 1533.

⁶ Se trata del nombre con que se presentan firmadas las ediciones del *Amadís de Gaula* posteriores a la primera (Zaragoza, 1508), en la cual el autor es Garci Rodríguez de Montalvo. Juan Luis Alborg cita en nota a Narciso Alonso Cortés (“Montalvo el del *Amadís*”, en *Revue Hispanique*, LXXXI, Première Partie, 1933, pp. 434-442), quien “llega a la conclusión de que fue Rodríguez su verdadero nombre y no Ordóñez, que figura en las ediciones de la novela a partir de la segunda. Ordóñez es, pues, un error o una errata que se ha hecho perdurable, aunque pudo bien tratarse de una ‘de aquellas supercherías fraudulentas que tan frecuentes eran entre los impresores y editores de la época’ (p. 442)”. (Juan Luis Alborg, *Historia de la literatura española, I, Edad Media y Renacimiento*, 8a. reimp. Madrid, Gredos, 1997. (Nota de la editora.)

mucha mayor medida porque los escritores que de ellos trataron quisieron acrecentarlos y ensalzarlos para significar mediante aquellos “golpes espantosos” y formidables encuentros el grande “ardimiento y esfuerzo del corazón”. Pero no todo ha de ser el recuento de las hazañas de Aquiles y Héctor o del “histórico” Godofredo de Bullón, que con un solo golpe de espada partía en dos a sus recios enemigos; hubo otros escritores a quienes cupo “más baja suerte”, puesto que “no edificaron sus obras sobre algún cimiento de verdad”, sino “sobre el rastro de ella”; son éstos los que compusieron “historias fingidas en que se hallan las cosas admirables fuera del orden de natura, que más por nombre de patrañas⁷ que de corónicas con mucha razón deben ser tenidas y llamadas”. Con todo, unas y otras, tanto las escritas por famosos historiadores como las pergeñadas por autores de menor entidad, abundan en episodios fabulosos o, al menos, distantes de la estricta verdad. Y siendo esto así, “¿qué fruto provechoso” podremos sacar de éstas últimas? Y respondía Garci Ordóñez sin dudar: “los buenos ejemplos y doctrinas que más a la salvación nuestra se allegaren”. De suerte, pues, que corrigiendo aquel estilo corrupto de los primitivos autores del *Amadís*, no solo quiso ponerlos en lenguaje pulido y cortesano, sino —sobre todo— adornarlos de sanas doctrinas con que persuadir a sus lectores, de manera que aquellos libros más “livianos” o de menor sustancia no dejasen de ser también un trasunto de la verdad, si no natural, al menos moral y, así, pudiesen contener —lo mismo que los que pasan por históricamente verdaderos— una lección y un ejemplo de vida que bien podrían servir de “alas” para que nuestras “ánimas suban a la alteza de la gloria para donde fueron criadas”.

El mismo año de la primera edición sevillana del *Amadís*, 1531, concluyó Juan Luis Vives el tratado *De disciplinis*⁸ en que hizo una morosa e implacable crítica de “las causas de la corrupción de las artes

⁷ La voz “patraña”, hoy constreñida a su descalificador significado de “mentira o noticia fabulosa”, ha ido perdiendo con el tiempo su original sentido de invención destinada al entretenimiento, esto es, su carácter de creación literaria, que es como debemos entenderlo en este pasaje de Garci Ordóñez.

⁸ Juan Luis Vives, *Obras completas*. Trad. castellana de Lorenzo Riber. Madrid, M. Aguilar Editor, 1948.

en general”: retórica, dialéctica, medicina, matemáticas y, para nuestro particular interés, de la historia. Contra el ideal ciceroniano de ser ésta “testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria y maestra de la vida”, es decir, disciplina a que le compete tratar de hechos no sólo verificables sino además ejemplares, sus primeros depravadores —decía Vives— fueron aquellos poetas antiguos que envolviendo la verdad en tantos velos retóricos impidieron reconocerla a los escritores que les siguieron, y éstos también —por contentar a sus lectores— cuando las nuevas realidades “no les proporcionaba materia adecuada, ellos la crearon descomunal e inédita, inmensa, estupenda, maravillosa y *en ella ejercitaron copiosamente aquella su fuerza nativa de creación y expresión*”.⁹ No hace falta que Vives lo dijera expresamente, pero por proceder del mito y de la fábula, no era fácil que la escritura de la historia pudiera deshacerse de los modelos literarios en que tuvo su primer origen; de modo que cuando, buscando atenerse a la pura verdad de los hechos, el historiador quiso reducirse al recuento de las “cosas baladíes que no granjean ninguna utilidad ni fruto alguno”, o cuando, por el contrario, describió con minucia complaciente las más sangrientas batallas, nos hizo ver que ni las imágenes exactísimas ni las fabulosas o desorbitadas dan a cada hecho “su privativo y natural volumen”. El historiador —aseguraba Vives— ha de “poner la mira en la verdad objetiva” y no necesariamente en la “mayor gloria” de su nación, y aun cuando se escriba la vida de los santos, debe practicarse la “más esmerada observancia de la verdad”. A nadie extrañará que, siendo éste el severo pensamiento de Vives, concluyera su censura de los historiadores “depravados” con una invectiva contra aquellos de sus contemporáneos que se daban a la lectura de “los libros de ficción compuestos por hombres que no tenían cosa mejor que hacer, y llenos de aquel linaje de mentiras que nada aprovechan ni para el saber, ni para el recto pensar, ni para el bien vivir, sin más horizonte que el de un vano placer inmediato”, es decir, contra las novelas de caballerías.

Según se echa de ver, siendo contemporáneos, Garci Ordóñez de Montalvo y Luis Vives militaron en frentes opuestos; mientras el lego corregidor de Medina del Campo halla que las ficciones caballerescas

⁹ Las cursivas son mías.

están construidas sobre algún “rastros de verdad” —o, diríamos ahora, fundadas en alguna verdad humana esencial— y que de ellas podían extraerse ejemplos cristianos de buen vivir, el sabio humanista valenciano no admite en las novelas de caballerías una mínima virtud moral: son libros cuya lectura sólo es propia de hombres a quienes la ociosidad les corrompió el ingenio y el gusto. Sin embargo, no pudo menos que reconocer que los historiadores modernos, ya sea que se expresen en la lengua latina o en la vernácula, “apenas pueden entretener al lector” por espacio de media hora, pues su estilo es tan pobre y desaseado “que no hay quien segunde su lectura”, y que quizá por esta razón muchos se van detrás de aquellos libros “manifiestamente mendaces [...] *por algún agrado que acaso tenga su estilo*,”¹⁰ como los españoles Amadís y Florisando;¹¹ los franceses Lancelot y la Tabla Redonda y el italiano Rolando”, que —contra su mala opinión— el mismo Vives no habría dejado de leer y disfrutar. Y eso es lo que había hecho Montalvo, volver los antiguos originales del Amadís, “corruptos e compuestos en estilo antiguo”, en un pulido texto capaz no sólo de deleitar a los lectores con la nueva suavidad de la lengua y la antigua maravilla de sus invenciones, sino además de “animar” —esto es, recobrar la memoria, por no decir ya la práctica— del “glorioso” y “honestísimo” arte de caballería, y ese fue precisamente el llamado que escucharía décadas más tarde el ingenioso hidalgo de la Mancha.

Es tiempo ya de volver al ventero quien, por supuesto, no se hallaba en condiciones de discernir las tajantes o sutiles diferencias postulables entre la ficción novelesca y la realidad histórica —asunto que Cervantes desplazará a otros momentos de su novela— pero que, en cambio, fue muy capaz de apelar a un principio de verificación empírica: la confianza que los buenos vasallos han de tener en las instituciones reales. A mí, viene a decirle al cura, no me puede usted tomar el pelo:

¡Bueno es que quiera darme vuestra merced a entender que todo aquello que estos libros dicen sea disparates y mentiras, estan-

¹⁰ Las cursivas son mías.

¹¹ Alude Vives a *El sexto libro de Amadís de Gaula, en que se cuentan los grandes hechos de Florisando*, impreso varias veces entre 1510 y 1526.

do impresos con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habían de dejar imprimir tanta mentira junta y tantas batallas, y tantos encantamientos, que quitan el juicio!

Y estas razones, que el propio don Quijote hará suyas en el capítulo L en el contexto de sus “discretas altercaciones” con el canónigo de Toledo, a las que más adelante atenderemos, fueron causa del disimulado desconcierto del cura ante un argumento de tanta autoridad moral; así que, en vez de insistir en la problemática oposición de lo falso con lo verdadero, por no decir entre la imaginación poética y la realidad histórica, con el fin de probar su dictamen, acude a un símil semejante al propuesto por el mismo ventero: esa clase de ficciones literarias son comparables con los juegos de entretenimiento como el ajedrez, la pelota y los trucos (una especie de billar), pues todos son medios para “entretener nuestros ociosos pensamientos”, que se consienten y autorizan “en las repúblicas bien concertadas”. Pero hay en el ejemplo del cura una implícita contradicción, porque si es recomendable el uso de aquellos juegos que ayudan a pasar sin riesgo el tiempo del ocio (en que dizque no se practica ninguna virtud), en cambio, no se aconseja al vulgo emplearlo en la lectura o audición de aquel género de novelas mentirosas porque, aun estando permitida su impresión y venta, no han de ponerse en manos de ningún ignorante que “tenga por historias verdaderas ninguno de estos libros”. El punto está en que los juegos de pasatiempo transcurren en un ámbito puramente abstracto o formal, y si hay en ellos algo de concreto se reduce a la mayor o menor habilidad de los jugadores y a la satisfacción que engendra la más mínima victoria o la pesadumbre aneja a toda derrota; pero las batallas y victorias de los andantes caballeros, no sólo parecen autorizarse por su testimonio escrito, parejo al de la historia, sino que comprometen un tipo peculiar de expectativas morales, pues aun cuando no ocurran en un ámbito concreto y comprobable, sino en el dilatado y mudable tiempo de los mitos caballerescos, sus fantásticas acciones remiten a apetencias humanas enraizadas en los deseos, temores y frustraciones de la infancia y a su satisfacción o cumplimiento por vía del ensueño mágico.

Así planteado, el asunto ya caería fuera de la crítica literaria y propendería a entrar en el marco de la moral social: ¿a quienes está reservada,

pues, la lectura y posesión de los libros? No a los bárbaros e ignorantes, sino a los “versados y peritos”, como un poco más adelante exigirá don Quijote que sean sus interlocutores para poder entrar con ellos en el fondo de la discusión acerca de la naturaleza de las novelas de caballerías y de la verdad o mentira de las hazañas de sus paladines.

Ni Montalvo ni Vives repararon en el peligro de confundir la verdad histórica con la ficción novelesca; el primero subrayó el carácter fantástico de las novelas de caballerías en que ocurren cosas admirables “fuera del orden de natura”, cuyo propósito principal era el de cebar los deleites de la imaginación, que no son forzosamente ajenos a la educación del espíritu. Vives, por su parte, censuró el hecho reiterado de que los historiadores adobaran sus escritos con episodios fabulosos, con que se alejaban de la objetividad histórica de los hechos evocados, pero ni uno ni otro pensaron que sus lectores pudiesen confundir la verdad real de la “crónica” con la libre o desatinada invención de las “patañas” novelescas. En cambio, la clave del *Quijote* es precisamente la con-fusión o, mejor, la permanente interacción de lo fingido con lo verdadero, de los hechos de la vida ordinaria interpretados y aun revividos a la luz de las heroicas ficciones fabulosas.

En el sutil tejido de ambigüedades de la novela cervantina, resulta que no es un individuo bárbaro e ignorante, como el ventero o sus parroquianos (arrieros, labriegos, segadores), sino un hidalgo culto, ingenioso y perspicaz como don Quijote, quien se instala “realmente” —esto es, en lo concreto de sus pensamientos y acciones— en el mundo imaginario de las pasadas caballerías por causa de la obsesiva lectura y credulidad de sus testimonios escritos, de suerte que los fantasmas literarios que alientan en su espíritu sean capaces de modificar, al menos provisionalmente, el estado de las cosas que existen fuera de él. Y esta radical diferencia entre dos modos extremos de asumir el mundo caballeresco se pone de relieve cuando el ventero, al ser amonestado por el cura para que no vaya a cojear del mismo pie que don Quijote, le responde: “Eso no [...] que no seré yo tan loco que me haga caballero andante, que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, cuando dicen que andaban por el mundo esos famosos caballeros”.

He aquí planteadas también dos opuestas concepciones de la historia; para don Quijote, los sucesos relatados por sus libros de caballerías

son la garantía textual de un pasado cierto y aun susceptible de ser reactualizado y, por ende, plenamente revivido; para el ventero, en cambio, esos mismos relatos dan fe de un mundo, quizá verdadero en otro tiempo y lugar, pero del todo irrecuperable en el suyo, de no ser por la vía del puro deleite imaginado. Si bien ancladas en un pasado incierto, aquellas hazañas transmitidas por virtud de la memoria libresca están preñadas de significación, tanta como pueden tenerla los míticos relatos de los tiempos heroicos de la humanidad o las consejas que cuentan las viejas tras el fuego; en todos los casos se trata de una literatura que propicia la ensoñación fugaz, esto es, la pasajera ocupación de un lugar imaginario en que el espíritu pueda desembarazarse de los lastres de una vida insatisfactoria que no conoce más relieves que esos fugaces momentos de enajenación maravillosa.

Con todo, como iremos viendo, lo determinante para don Quijote es que la ficción novelesca sea susceptible de proyectarse intemporalmente sobre la accidental realidad del mundo, más aún, que sea capaz de transfigurarla y enaltecerla, tanto como a la propia persona del caballero andante, por el mero hecho de asumir plenamente —como ya propugnaba Garcí Ordóñez— todas sus premisas morales; de ahí que las empresas del caballero vayan dirigidas a un fin inalterable: reponer el orden de una justicia propiamente divina en un mundo amenazado por las fuerzas disgregadoras del mal. Para el ventero, en cambio, las “mentirosas” fábulas de caballerías se sitúan por modo excepcional en un rincón secreto de la fantasía, no se mezclan ni interactúan con los hechos concretos de la vida; constituyen, en todo caso, episodios ajenos al árido transcurso de una existencia vulgar. Por eso, para don Quijote, las fantásticas hazañas de los caballeros andantes están revestidas de valor y verdad, son un código vivo de justicia, valentía y honor, pero para quienes sólo disfrutaban ocasionalmente del recuento episódico de aquellas acciones maravillosas y se percatan de su imposible realización en el mundo concreto y actual, pueden, llegado el momento, hacer burla y escarnio de don Quijote, quien —llevado por su “extraña locura”— revive a destiempo las acciones fabulosas que para él se constituyen como la mismísima realidad del mundo; más aún, son la clave maestra para explicar coherentemente los confusos errores a que están sometidas nuestras percepciones y nuestros juicios. Quien va por

el mundo sólo atendido a las inescrutables leyes de la Providencia o del azar —como sucedía a Sancho antes de llegar a creer que se cumplirían las altas recompensas debidas a sus servicios— las cosas no tienen otro ser ni otro sentido que el puramente material y mecánico: “Mire vuestra merced [...] que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento”, alerta Sancho. Y ya derribado don Quijote por la furia de las aspas, no renuncia a su heroica convicción, por más que reconozca que las

cosas de la guerra —que es el mundo propio y natural del caballero andante— están sujetas a continuas mudanzas, cuanto más que yo pienso, y así es verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento [...] mas al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

Sabemos que no será así, que el de la Triste Figura será humillado sin tregua, no sólo por obra de las confusas circunstancias, sino por contrarios designios de amigos y enemigos; sin embargo, él no cejará en su noble empeño de hacer que en estos nuevos tiempos desastrosos puedan ser restaurados los perdidos ideales del amor, el valor y la justicia.